

Esta crónica del corresponsal jefe en Santiago de Chile de la agencia Prensa Latina no llegó a ser transmitida en su hora a causa de la interrupción de las comunicaciones dispuesta por los militares golpistas. Como se verá en su lectura, el edificio de Prensa Latina fue alcanzado por los bombardeos y desde él pudieron seguirse los movimientos militares en el centro de Santiago.

LAS ULTIMAS HORAS DE "LA MONEDA"

Santiago de Chile, 12 de septiembre.—No saldré de la Moneda, no renunciaré a mi cargo y defenderé con mi vida la autoridad que el pueblo me entregó», remarcó desde la primera alocución que hizo en la mañana del martes 11 por la efímera cadena radial La Voz de la Patria.

En mis contactos personales con el Presidente Allende nunca le escuché otras palabras cuando él se refería a la hipótesis de un golpe de Estado: «Tienen que sacarme del palacio muerto, en una caja de pino, con los pies para adelante».

Esto lo repetía una y otra vez a sus interlocutores allegados, y la primera ocasión que lo hizo público fue en una concentración con que finalizó la visita a Chile del más dilecto de sus amigos: el primer ministro de Cuba, comandante Fidel Castro.

En esa mañana del 11 de septiembre, Allende llegó súbitamente al palacio a las siete y media, con un grueso grupo de su escolta personal, alrededor de 50 efectivos de Carabineros, el director general de Carabineros, José María Sepúlveda, sus médicos personales y algunos asesores directos.

El clima golpista que se incrementó en el país después del «tancazo» del 29 de junio —un fallido intento que fue sofocado en sólo tres horas— culminaba esa mañana, después de una noche de intensos rumores.

Al entrar Allende en la Moneda, los efectivos de Carabineros y cuatro tanquetas de este Cuerpo tomaron posiciones en los accesos principales, impidieron el tránsito de vehículos y personas en dos cuadras a la redonda, iniciando así un ajeteo nervioso que todavía pasaba inadvertido o como algo relativamente habitual para el santiaguino, habituado ya al diario enfrentamiento callejero y los actos terroristas de la derecha.

Bastaron pocos minutos para enterarse de lo que en realidad ocurría: el Presidente tenía informaciones de posibles acciones golpistas en la noche del lunes, y a las siete de la mañana del martes fue informado en su residencia de la calle Tomás Moro de que unidades de la Marina de guerra se habían sublevado en Valparaíso y marchaban sobre Santiago.

Pocos minutos después de las ocho, la emisora socialista Radio Corporación informó sobre la existencia de una situación anormal en Valparaíso y en principio alertó a los obreros, a los cordones industriales, que jugaron un destacado papel inicial en el «tancazo» y que ahora están luchando contra los

cohetes de los aviones a chorro, los cañones de los tanques y los obuses.

A dos cuadras del palacio de gobierno, desde las oficinas de Prensa Latina, un ruido demasiado peculiar dio la medida que el golpe no provenía sólo de la marinería: un avión de combate de la Fuerza Aérea estaba haciendo vuelos rasantes sobre el palacio, sobre los techos del corazón de Santiago.

Los observadores más avezados del difícil y polémico proceso chileno opinaban que después del «tancazo» —una acción que se cumplió con sólo una unidad de tanques y apoyo civil fascista—, el nuevo golpe estaría planificado con el concierto de las tres armas. Tal vez esta creencia estaba apoyada por algunas afirmaciones deslizadas en privado por el ex comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, quien renunció a su cargo el 23 de agosto precisamente para evitar un golpe.

A las ocho cuarenta y cinco, Radio Corporación fue eliminada del aire, sin juego de palabras: un avión atacó la planta transmisora, pero Allende ya había logrado hacer una primera advertencia: «Están haciendo vuelos rasantes. Seguramente ametrallarán la Moneda».

Puedo calcular que el primer «rocker» de un «Hawker Hunter» fue lanzado sobre el palacio a las nueve y diez. Un tiroteo se gene-

ralizó. El grupo de periodistas que tuvo acceso a una esquina del palacio tuvo que «despejar el área» —según el conminatorio lenguaje de Carabineros— a paso vivo y con las manos en alto. Sin embargo, un equipo de televisión logró captar escenas: tres periodistas del Canal 13 de televisión que estuvieron filmando desde que Allende llegó al palacio y que se constituyeron en los únicos voces admitidos de la Junta de generales golpistas.

A las nueve y cuarto me comunicó telefónicamente con el despacho presidencial. Un asesor de Allende me reitera: «Puedes decir que aquí nos morimos y vamos a resistir hasta el final». Le pregunto con qué fuerzas cuentan en ese momento para resistir: la guardia de Carabineros de palacio, alrededor de 50 efectivos suplementarios del mismo Cuerpo y un grupo de hombres de la protección presidencial, más los asesores y funcionarios, que están dispuestos a resistir.

La primera proclama golpista, firmada por «los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y el director de Carabineros» —los nombres sólo son revelados en una segunda emisión—, señala que la decisión del golpe de Estado fue tomada «ante la grave crisis moral, económica y social que vive el país».

Las comunicaciones telefónicas con Valparaíso están interrumpidas, y alrededor de las nueve y media se paralizan las comunicaciones al exterior, excepto los canales por satélite, que admiten aún una más prolongada vigencia, hasta que también caen a los pies de la Junta. Entel-Chile, la empresa de telecomunicaciones del Estado, está ocupada por efectivos del Ejército, y la sobradamente famosa en Chile ITT me corta un circuito abierto con París a las nueve y cuarenta y cinco.

Los reporteros de Prensa Latina, en la calle y en la terraza de la oficina, comenzaron a detallar el panorama: tanques hacia la Moneda, tres aviones continuaban los vuelos rasantes, un tiroteo desperdigado comenzaba a concentrarse, y por momentos, el ruido se hacía ensordecedor.

La radio golpista lanza su ultimátum a las once. Allende tiene tres minutos para rendirse. Pero en su tercera alocución, Allende había vuelto a reiterar que no se rendía, que permanecería en palacio, y dijo premonitoriamente: «Quizá sea la última vez que pueda dirigirme a ustedes». Y desde ese momento se tuvo plena conciencia que el golpe de Estado contra el Presidente constitucional de Chile sería el más cruento registrado en la historia de los derrocamientos latinoamericanos.

Un aspecto de la capital chilena después del golpe militar.





El cadáver de Allende es sacado del Palacio de la Moneda.

JORGE TIHOSSI

Hasta el piso once de las oficinas de la agencia ascendió un inmediato olor a pólvora, aceite y carne quemada. Y desde aquí y de la calle fue imposible precisar desde dónde se disparaba, quién y con qué. El ruido era prolongado, concentrado, y todas las armas de guerra sonaban al unísono: desde el «rocken» hasta una 30 mm., hasta el cañón de un tanque «Sherman», pasando por los fusiles-ametralladores del Ejército chileno.

Las calles del centro quedaron desiertas, y algunos automóviles estacionados comenzaron a servir de parapeto o convertirse en miserable chatarra al paso de los tanques.

A las trece cincuenta y dos minutos recibo un llamado desde el palacio. Es Jaime Barrios, asesor económico del Presidente, quien está peleando desde una de las ventanas que están sobre el frente del edificio, me informa: «Vamos hasta el final, Allende está disparando con una ametralladora. Esto es infernal, y nos ahoga el humo. Augusto Olivares murió. El jefe envió a parlamentar a Fernando Flores y Daniel Vergara. Exige una garantía escrita para la clase trabajadora y las conquistas; que una vez que la tenga en sus manos decidirá qué hacer».

Esta es la última noticia que tuve de Jaime Barrios; nadie sabe hasta el momento qué le pasó. Augusto Olivares era uno de los periodistas más conocidos de Santiago, fiel amigo y seguidor de Allende. Fernando Flores, secretario general de Gobierno, y Daniel Vergara, subsecretario del Interior, que también habían estado combatiendo, fueron tomados presos por los militares golpistas. Fueron los primeros detenidos que ingresaron al subterráneo de la plaza Constitución, frente

a la Moneda, habitualmente utilizado por cuerpos especiales de Carabineros. Después se diría que Flores y Vergara murieron en palacio.

Pero antes de esta comunicación con Barrios tuve otros datos, que me fueron también transmitidos telefónicamente desde el palacio por una fuente que ingresó en la resistencia clandestina:

Después de recibir el ultimátum, Allende reunió a todo el personal a sus órdenes en el salón Toesca, en el ala izquierda del tradicional y benévolo edificio. Allí les pidió, les exigió, a las mujeres que se fueran. Al personal subalterno le pidió que se fuera. A la guardia de Carabineros y a los generales de Carabineros que estaban ahí desde un primer momento les dio a elegir. Se retiraron las mujeres poco después de las once. Se fueron los carabineros; el general Sepúlveda también se fue, y no me consta con qué destino y objetivos.

Una dramática escena se produjo poco después: Allende conminó a una de sus hijas —Beatriz—, una ayudante de primera línea, a que se fuera. Sé que se lo tuvo que implorar, que exigir, que llorar, que insultar, provocarla, para que finalmente ella accediera a salir junto con tres colaboradoras más. Entre ellas, Frida Modak, jefa de Prensa de la Presidencia, y la esposa de Jaime Barrios. También sé que Beatriz Allende sólo llegó a 60 metros de la Moneda, y se resguardó en un edificio a la espera de poder retornar.

Con Allende también estaban, entre varios otros, Carlos Jorquera, periodista («El Negro»), que era algo así como la sombra del Presidente, y Eduardo Paredes, ex director de Investigaciones. De estos dos, hoy se dice que están muertos, aun cuando la Junta golpista dijo en

uno de sus bandos que «se habían entregado».

El miércoles 12, una fuente militar del Regimiento Tacna me reveló un dato concreto para esta historia: La última vez que se vio vivos a Paredes y a «El Negro» fue en la noche del martes, tirados en el piso de uno de los patios del cuartel, boca abajo y con «milicos» conminándoles sobre la espalda y la cabeza. Ahí también estaban algunos miembros de la guardia personal de Allende.

Anibal Palma, ex secretario general de Gobierno, también fue muerto en palacio, pero, al parecer, la Junta tendrá que admitir que lo asesinaron con una certera y corta ráfaga de ametralladora.

Pero Salvador Allende, un vital hombre de sesenta y cinco años que combatió con un fusil-ametralladora y un casco de acero, estaba en un charco de sangre, caído sobre el tapiz de su despacho. Se puede decir que el Jefe del Estado chileno, conductor de la singular experiencia política y social de su pueblo, consecuente con lo que siempre había expresado, murió entre las trece cincuenta y las catorce quince. Los límites están marcados: murió después que envió a Flores y Vergara a parlamentar, y que éstos fueran hechos prisioneros, y antes o cuando los golpistas ocuparon el palacio.

La Junta militar no se atreve a informar a la opinión pública hasta un día después de los hechos. En la tarde del miércoles, un escueto bando de cinco puntos dice que Salvador Allende se suicidó y que ese mediodía fue enterrado en forma privada, con asistencia de algunos familiares en Valparaíso.

A esta versión se opone la que afirma que Allende fue muerto por un capitán de las Fuerzas Armadas de Chile, de apellido Gallardo. A

esta afirmación debe adjuntarse un segundo dato: cuando entran los golpistas a palacio, Miriam Contreas, secretaria presidencial, cae herida gravemente. El miércoles por la noche me enteré que estaba siendo operada de urgencia en un hospital militar. Ella podría ser una pieza clave para saber qué pasó cuando irrumpieron los fascistas, y por eso mismo es fácil suponer que no sobreviviera a sus heridas.

El combate prosiguió después de la muerte de Allende. Sigue hasta hoy, con una intensidad feroz, con allanamientos estilo «tierra arrasada», con rostros y bandos del más crudo corte fascista, con la resistencia cada día más organizada. Allende murió tres días después de que su hija Beatriz cumpliera años, ocasión en la que tuve oportunidad de jugar con él un par de partidos de ajedrez, al que era aficionado. Cuando estábamos colocando las piezas —a él le gustaba ceder la iniciativa en la apertura— me dijo lo que para mí fueron sus últimas palabras: «La cosa está muy fea. Tomaré una determinación en un par de días. Ya ve: hice buenos enroques y alguna buena variante. Pero se me están acabando los peones».

De la Moneda surgían gruesas columnas de humo, y los bomberos entraron a apagar el fuego cuando un fotógrafo de «El Mercurio» —el decano del periodismo reaccionario continental— fue llamado por los militares facciosos para fotografiar al Presidente muerto.

La Moneda, vista desde cualquier ángulo, parece hoy un edificio al cual le hubieran agrandado sus ventanas en una forma caprichosa e imposible: los agujeros son grandes cavernas tétricas, y las puertas ya no existen. Los admitidos camarógrafos del canal 13 de televisión fueron paseados de la mano por los golpistas, y el único canal «sin censura» registró —sin quererlo— las primeras imágenes conocidas en Chile de la verdadera, innata cara de uno de los fascismos más crueles del continente.

En la calle están los muertos, y el miércoles por la tarde, el hedor a carne quemada se hacía sentir con mayor fuerza en el centro de Santiago. A unas pocas esquinas de la oficina de Prensa Latina, en plena alameda Bernardo O'Higgins, un cuerpo está tirado con sólo restos de cráneo. Era él de un hombre que seguramente no pudo alcanzar a refugiarse a tiempo porque usaba una pierna ortopédica y una muleta de acero. Los cálculos hechos en consulta con varios correspondientes extranjeros elevaban a cinco mil las bajas hasta esa tarde del miércoles. Se registraron dos temblores de tierra —de los acostumbrados «remezones» que se producen continuamente en Chile— en la madrugada y la tarde de hoy (miércoles), pero nadie pareció darles importancia ni ninguna agencia internacional se molestó en notificarlos, o tal vez se confundieron con las ondas expansivas de los dinamitos y bombazos. La resistencia al golpe continuaba. No creo que Allende haya muerto en vano.